

Así que vió con evidencia Paulo III como el Emperador iba en pos de una solucion política, bien al revés suyo que iba en pos de una solucion religiosa, retiró de Alemania sus inútiles y engañadas tropas. Mas para tomar pronto desquite allá en su alto ministerio teológico del fracaso á sus proyectos en Alemania, trató de lo que mas podía ofender al César, trató de transferir el concilio, desde el Tirol casi germánico, á la clásica Italia central, desde Trento á Bolonia. Divertido el ánimo de Carlos por los incidentes de la campaña militar, no prestó la deseada é indispensable atencion á los trascendentales trabajos del concilio. Y en la hora misma de convertir sus ojos á este poderoso elemento de dominacion y de imperio, le sale el terrible incidente de la traslacion á Bolonia. Nada podia contrariarle tanto como tal medida, en la hora misma en que iba madurando allá por los espacios de su mente inquieta, proyectos de conciliacion prudentísima que pudiesen unir á los moderados de uno y otro bando para que procurasen con sus predicaciones la paz religiosa en Alemania, despues de haber procurado él con sus armas, la paz material y tangible. Así, en cuanto supo el intento pontificio, amenazó al legado Santa Cruz, con arrojarlo, si en tal cosa persistía, con sus propios brazos á las corrientes del Adigio. Y tras este rasgo de malhumor imperial, conminó á todos los obispos á que olvidasen las ruidosas cuestiones de dogma y se pusiesen á reformar la disciplina moral de la Iglesia en bien y provecho de toda la cristiandad.

Entre tanto, el concilio se metia y engolfaba cada vez mas, contra la voluntad imperial, en los debates dogmáticos. La séptima sesion trató de los sacramentos, una de las cuestiones mas graves y que separaban con mayor separacion á las dos Iglesias. Siete sacramentos fundamentales fueron proclamados, y su eficacia puesta y su virtud reconocida, no en el mérito de quien los administraba, sino en las ceremonias hechas, y en las palabras dichas para su administracion. Prohibieron, pues, que los fieles miraran el mérito ó el demérito del sacerdote administrante y les conjuraron á poner toda su confianza en la naturaleza y en la sustancia del sacramento administrado. Mas como quiera que las cuestiones teológicas exigen mil distingos mas ó menos águdos, salvada la cuestion de dignidad ó indignidad del ministro, surgieron otras cuestiones mas graves sobre la interior y espiritual intencion

del ministrante. Y en esto no anduvieron por cierto, no, tan poco escrupulosos cual en la cuestion de dignidad ó indignidad, pues demandaron al ministro que al administrar el sacramento de la Iglesia tuviera igual intencion y propósito que la Iglesia misma. Los fieles podian estar tranquilos sobre la autoridad canónica del clérigo en la Iglesia, siquiera le faltase autoridad moral. Pero si le faltaba intencion interior, si con las manos y con los labios administraba el sacramento y no lo administraba con la voluntad íntima é interna, ¿qué tranquilidad podian tener los católicos escrupulosos? El confesado dudaria de la virtud de su penitencia y de la eficacia de su absolucion; el comulgado de las palabras que consagraban la hostia; el ungido del óleo que recibiera en la postrimera agonía; el casado de las ceremonias que le unieran para siempre con su inseparable compañera. La teoría del buen propósito é intencion condenaba las conciencias timoratas á suplicios eternos. El comentador Pallavicini, que tenemos á la vista, trata de tranquilizar al cristiano bautizado sin la intencion sacerdotal y al sacerdote ungido y ordenado sin los propósitos íntimos y la interna voluntad del obispo. Mas en vano, porque la dificultad queda en pié siempre y el devoto escrupuloso no ve, no, desvanecido su escrúpulo. Así es que el obispo Minori publicó á la sazón ruidoso libro, demostrando que merced á los distingos sutiles de la clerecía escolástica, quedaban los sacramentos de la Iglesia convertidos en verdaderas operaciones de magia.

Al par de tales asuntos dogmáticos, tratábanse asuntos disciplinarios y canónicos. La pluralidad y acumulacion de beneficios, las dispensas pontificias, los privilegios monásticos, el deber de residencia episcopal recibieron de los padres del concilio mejoras que indudablemente reformaban la vida y las costumbres de la Iglesia. En este punto distinguéronse mucho los obispos de nuestra España y demostraron que aun corrian por sus almas las ideas de aquellos padres del concilio de Iliberis, tan célebre allá en los primeros fastos de la Iglesia como el mismo concilio de Nicea. Sin embargo, tanto celo, que hubiera podido dar saludable remedio á males inveterados, frustróse por necesidad en las resistencias de los legados pontificios y en las supersticiones mismas del Pontífice. Y es tan cierto esto, que creyendo Paulo á los prelados españoles movidos é impulsados por las sugerencias de Carlos,

resolvió contra todas las amenazas de este y todas sus imposiciones la funestísima traslación del concilio desde la ciudad de Trento á la ciudad de Bolognia.

Al saber Cárlos V esta determinacion de Paulo III llamóle viejo testarudo y empeñado en la ruina del Catolicismo. En efecto, la cuestion de las cuestiones quedó como suspensa y aplazada, merced á esta salida, la cuestion de la presencia de los protestantes al concilio y de su asentimiento á las disposiciones conciliares. No cabe dudar que si el Emperador hubiera puesto mayor empeño, los protestantes entraran bien ó mal de su grado en el concilio y no pueden calcularse ahora las consecuencias inmanentes de tal resolucion. Pero enfriado el César, buscáronse pretextos para cohonestar la deseada renuncia y se encontraron mas ó menos plausibles. Los imperiales, como si dijéramos, los mayores amigos de la política cesárea, prometieron someterse al concilio con tal que el concilio tuviera libertad. Tales reflexiones movieron al entonces dueño de Alemania en el sentido de redactar el *Interim*, lo cual equivalia en el fondo á prescindir de la persona y de la autoridad del Pontífice. Mientras tanto aquella célebre Asamblea ecuménica de Trento, á cuya virtud libraron tal cúmulo de esperanzas lo mismo el Pontificado que el Imperio, reducíase en su nuevo hogar á un conventículo de seis arzobispos y treinta y seis obispos congregados sin asistencia de ningun embajador y sin prestigio de ninguna moral autoridad.

En esto las grandes pesadumbres políticas y los acerbos desengaños de su familia concluyeron á una con la robusta vida del Pontífice Paulo. La muerte de su hijo Pedro, la infidelidad de su nuera Margarita, las irresoluciones de su sobrino Octavio, la traicion del cardenal Alejandro Farnesio, le apuñalaron las entrañas y le dieron una muerte violenta. Aun puede verse allá en el altar Mayor de Roma, en los grandes machones de la izquierda, cerca del sitio donde la Santa Sede se levanta y á donde el Espíritu Santo acude, aun puede verse aquel orgulloso monumento funerario, verdadero y triste sepulcro de toda una edad histórica. En la estatua de bronce aun revela el artista la soberbia, la pujanza, la majestad, la energía de aquel Papa en quien verdaderamente se inicia la decadencia de todas las grandezas romanas, la decadencia del arte y de la religion por lo mismo que se inicia el comienzo

nefasto de todas las reacciones. Sentado y sereno, la estatua se halla en un reposo que no gozó jamás la persona de aquel Papa. Solamente la cabeza inclinada sobre el pecho, cubierto casi por espesa barba, muestra la resignacion triste á la fatalidad invencible. Bellas mujeres ornan su sepultura como en otros dias mejores ornaran su cardenalato. La una, que representa la Prudencia, es su madre, soberbia como él, cual cumple á una princesa de la familia casi feudal del soberbio Bonifacio VIII; la otra, que representa la Justicia, es su hermana, la hermosa hermana Julia, manceba de Alejandro VI, cuyos prostituidos brazos le dieron el capelo desde sacrílego tálamo y con el capelo el trono; una y otra mujer tienen la exagerada violencia de las últimas estatuas de Miguel Angel y una y otra mujer evocan allí tendidas la majestad y la fiereza de las secuestradas por los primitivos romanos, de las fuertes mujeres sabinas que á cada paso se tropiezan allá en las calles de Roma y en los campos del Lacio. Por mucho tiempo los fieles pudieron admirar las formas de Julia Farnesio, desnuda en el sepulcro de su hermano Paulo III, como si fuera la cama de su querido Alejandro VI. El cincel se habia esmerado en reproducir con toda verdad las gracias escondidas de aquella prostituta. Por toda su figura extendíase una voluptuosidad que, segun ciertos escritores eróticos de la corte romana, despertaba los sentidos y provocaba la lujuria. Bernino, el gran escultor y el gran arquitecto de la decadencia romana, echó una camisa de plomo sobre el cuerpo de Julia y lo encubrió para siempre; mas no pudo echar un peso parecido ni encubrir de igual manera el recuerdo de Paulo.

Nada mas complicado que el conclave subsiguiente á la muerte de Paulo III. Como quiera que este rayaba en octogenario, todos los cardenales pensaban á una en su hora postrimera y hacian lo posible y lo imposible por convertirla en pro del aumento de sus respectivos intereses. Tan cierto es todo esto, que Paulo en vida sorprendió la correspondencia del cardenal Salviati con el cardenal Mantua, relativa toda ella y en todas sus partes á los proyectos urdidos para sucederle. Tres grandes fracciones dividian el conclave, á saber: la fraccion de los franceses, la fraccion de los españoles, la fraccion de los Farnesios. Símbolo del nepotismo pontificio, Paulo III temblaba en su agonía por la suerte de las grandezas con tan tenaz ahinco procuradas

á sus mas allegados parientes. Presidia la fraccion española uno de los hombres que mas recuerdos han dejado en los anales de estos tristes dias, el célebre cardenal de Burgos. Por uno de estos constantes empeños de la suerte, el sobrino de Paulo III, Alejandro Farnesio, dominaba con su fraccion todavía el conclave, quien, quedando neutral entre todas las otras fracciones, proponíase vencerlas y dominarlas por completo, tanto mas cuanto que no habia resolucion determinada en ninguna de ellas. El Rey de Francia estaba indeciso entre cuatro ó cinco cardenales opuestos. Representaba por este tiempo á Cárlos V en Roma el célebre Mendoza, el cual sin curarse de las preferencias del Emperador, protegía cuanto estaba en su mano al cardenal de Burgos. Todo hubiera podido arreglarse de haber union estrecha entre los votos españoles, pero dividíanse, como los votos franceses tambien estaban divididos, entre dos candidatos, el cardenal de Coria y el cardenal de Médicis. Cosme, gran duque de Toscana, estuvo en un principio por los candidatos de Cárlos V, y mas tarde, á la hora de las resoluciones supremas, por su propio candidato. Hasta Portugal mismo intrigaba con empeño en este intrincado conclave y pedía la corona romana para un príncipe de la familia reinante. Uníase á todo este cúmulo de pretensiones el negocio de los negocios, la exigencia en el partido imperial de que no se votase á ningun príncipe eclesiástico hasta despues de haber prometido la nueva reunion del concilio en la ciudad de Trento. A todo este conjunto de increíbles dificultades, uníanse hasta minuciosísimos propósitos de cambiar los procedimientos del conclave ó arreglarlos de suerte que asegurase á cada fraccion la victoria de su respectivo candidato.

A pesar de tanta duda y tanta intriga, quien llegó al conclave con mas probabilidades seguras de completo éxito, fué aquel prelado conocido por su nombre de Reginaldo de Polo y por su dignidad de cardenal de Inglaterra. Protegíanle príncipes eclesiásticos del poder de Esforza y del influjo de Farnesio. Pero lo entregaron á las contingencias del primer escrutinio y en aquel escrutinio naufragó. Dos incidentes surgieron bien adversos á su seguro éxito; el veto suspensivo que interpuso el legado de Francia y la acusacion de hereje que lanzó contra él sin ambages ni rodeos su cofrade y enemigo, el cardenal de Chieti. No es maravilla, pues, que Polo perdiera votos en el segundo es-

crutinio, cosa que extrañó á todos los cardenales menos á él, pues recibiera la noticia con su flema completamente inglesa.

En estas, apareció uno de los cardenales mas poderosos é influyentes, el cardenal Pacheco. Segun cuenta el embajador Mucio al duque Gonzaga, parecia el conclave á tal sazón, por lo divertido y ruidoso, dejamos sus propias palabras, una compañía de juglares y titiriteros. Tal se ponía sobre las puntas de los piés; tal otro, sobre el asiento de una silla; este se esperezaba cual si estuviera en su cama; aquel hacia gestos por las ventanas á sus amigos de fuera; y todos reian, hablaban y se movian comò si en vez de estar en conclave estuvieran en teatro. Las muchas largas que dieran á su resolucion los redujo á un solo plato; pero ¡qué plato! mas parecia olla, pues llevaba dos capones, un pedazo de vaca y varias ruedas de salchichon, á lo cual unian succulentas sopas todas las mañanas y asados sabrosísimos para sus cenas por las noches, buen pan y agua, para llamar por la penitencia y el ayuno, la esperada visita del Espíritu Santo. Así no es maravilla que Paulo III hubiese muerto en noviembre y corriera todo diciembre sin haberle hallado un digno sucesor.

Y entró el nuevo año, y con el nuevo año, entran nuevas dilaciones. Francia con su cardenal Guisa protege á Lorena; Farnesio con su faccion familiar unas veces protege al candidato de Francia Lorena, otras veces al candidato de España Monti, otras veces al candidato del duque de Alba, Burgos; intriga por un lado el orador de Ferrara, que tiene instrucciones confusas del duque Alfonso de Este; intriga por otro lado el embajador de Florencia que á su vez sirve los confusos y embrolladísimos intereses del gran duque Cosme; el mismo embajador de España, por tantos títulos ilustre, aquel Mendoza cuyo nombre resaltará en nuestros anales mientras dure la historia, oye unas veces y otras desoye las inspiraciones del Emperador, todo lo cual explica bien suficientemente aquel conclave tan largo y tan escandaloso, aquellos tres meses de combinaciones frustradas, aquellos cincuenta y dos escrutinios inútiles, los vetos de tal potencia, las maquinaciones de tal ministro, las guerras sacras de cardenal á cardenal, y el resultado último tan funesto así para la Iglesia como para el Imperio.

Corria el 6 de febrero y no resultaba eleccion alguna. Los votos del con-